

agosto 2002 no. 184
3 USD

Letras

literatura afroecuatoriana
homenaje a nelson estupiñán bass

literatura afroecuatoriana homenaje a Nelson Estupiñán Bass

índice

letras del ecuador

fundada por
Benjamín Carrión en 1945

Casa de la Cultura
Ecuatoriana
Benjamín Carrión
número 184 agosto 2002

Raúl Pérez Torres
Presidente CCE

Francisco Proaño Arandi
Director

Alfonso Monsalve
Editor

Consejo Editorial
Cecilia Ansaldo
Eliécer Cárdenas
Fernando Cazón Vera
Manuel Corrales Pascual
Marco Antonio Rodríguez
Humberto Vinueza

Fotografías
Archivo de
Argentina Chiriboga

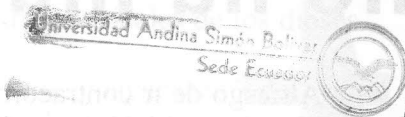
Diseño y diagramación
Cadabra Taller de Diseño

Fotomontaje e impresión
Fondo Editorial
Pedro Joge Vera
Casa de la Cultura
Ecuatoriana

Ave. 6 de Diciembre
N16-224 y Ave. Patria
P.O. Box: 67
Quito, Ecuador

Telefax:
(593-2) 2223 391 / 2565 808
extensión 203 / 213

Correo electrónico:
letrasdelecuador@hotmail.com
cce.benjaminarrion@andinanet.net



4 no ha muerto Nelson
josé sosa castillo

6 esencias de guaguancó
juan montaña escobar

14 proceso de la literatura afroecuatoriana
nelson estupiñán bass

28 el horizonte cultural de los pueblos
afro descendientes
luis zúñiga

34 breves consideraciones acerca de
la negritud en Esmeraldas
antonio preciado bedoya

38 mi credo novelístico
nelson estupiñán bass

40 cuentos afroecuatorianos
antología de juan garcía salazar

52 nuevas voces de la
poesía afroecuatoriana

antología de josé sosa castillo
58 la bomba del chota

60 creación
antonio preciado bedoya

62 humberto vinueza

65 julio pazos barrera

67 raúl perez torres

68 fernando cazón vera

69 eliécer cárdenas

76 nelson estupiñán bass y
luz argentina chiriboga:
en la literatura y en la vida
por jennie carrasco molina

páginas salvadas

80 miguel cabello balboa

84 libros

cuentos afroecuatorianos

antología de
juan garcía salazar

Cuando se trata de explicar el nacimiento del mundo y los seres que en él habitan, la tradición cultural africana, tan amplia como su continente, tiene muchas leyendas y mitos para explicar el nacimiento de cada uno de los seres vivos y de aquellos que viven, pero son intangibles por su propia naturaleza.

Los tres cuentos que presentamos a continuación forman parte de un conjunto más extenso, llamado tentativamente *Cuentos de la creación*, debido a su semejanza con algunos cuentos cosmogónicos recopilados en ciertas regiones de África, de la memoria colectiva de algunos pueblos, de los cuales asumimos somos descendientes.



Los hemos querido llamar en un primer momento *Cuentos de la creación*, porque en alguna forma explican el principio de una buena parte de la cosmovisión del pueblo negro, especialmente de los que viven en las comunidades rurales de la Gran Comarca territorial del norte de Esmeraldas, donde una gran mayoría de sus habitantes ancestrales insiste en mantenerse en el tiempo como una nación cultural de origen africano.

Por la memoria colectiva hoy sabemos que, más que cuentos de la creación, estos cuentos pertenecen al ciclo de la "recreación," pues son narraciones que explican la razón de una meta-

morfosis ocurrida a los personajes en un primer estado, que luego dio lugar a su forma actual.

En verdad, son cuentos de la recreación porque nos explican cómo estos seres *creados antes*, en otro mundo terrenal, cambiaron su forma para adaptarse a un mundo nuevo, tan real como el anterior, por la voluntad de un *Nuestro Señor*, que tiene el poder de reordenar lo creado.

Quizás la más simple explicación que podríamos adelantar sobre esta particularidad de estos cuentos sería que el orden de un *primer mundo* —el africano—, tuvo que cambiar para adaptarse a un *mundo nuevo* —el mundo del continente americano—, formándose así, en la mente de los africanos y luego en la de sus descendientes, el concepto de la mutación, de la adaptación.

Para los guardianes de la tradición, estos cuentos no guardan *secretos*; son sólo eso, cuentos de los mayores, de los que nos precedieron. Por eso, la explicación más simple de su origen y razón de ser está en los mandatos ancestrales que ordenan el respeto y la obediencia a la tradición cultural. Para los narradores, estos cuentos son "cuentos que nos contaban los mayores y nosotros ahora los seguimos contando para que la

tradición no se pierda y se mantenga viva".

Los tres cuentos que vienen a continuación forman parte de un grupo mayor, que fue recogido y ordenado por un equipo de personas que por muchos años trabajó en la formación de un inventario de las más importantes formas culturales que guarda la tradición oral de las comunidades negras del Ecuador.

Los textos fueron transcritos de las grabaciones originales por personas del mismo medio, que conocen y trabajan en el ordenamiento de la tradición oral recopilada en las comunidades de la Gran Comarca. Las formas particulares del habla de los informantes, así como el léxico regional, se han respetado al máximo para garantizar la originalidad de cada uno de estos cuentos.

En muchos de los casos, las opiniones de nuestros informantes nos permitieron reconocer el dolor que produce en los ancianos la pérdida de las tradiciones culturales; sobre todo, la tristeza que muchos de ellos viven por el hecho de haber perdido la función que los ancestros les habían encargado: ser guardianes y transmisores de las tradiciones para las generaciones venideras.

nacer para morir

(Informante: Santiago Quiñónez, El Cuerval,
Eloy Alfaro, Provincia de Esmeraldas; 1983)

Este cuento se cree que viene desde los tiempos cuando Nuestro Señor recién creó este mundo. Parece que en ese tiempo todavía no se conocía la muerte. Según lo que contaban los viejos, antes de que pase lo que dice este cuento, parece que cuando algún cristiano o algún animal se moría, después de un tiempo revivía otra vez y seguía viviendo.

Los mayores decían que esto era así porque en el principio del mundo la gente era poquita. Para que el mundo creciera Nuestro Señor hizo eso de que la gente cuando moría, después de un tiempo reviviera otra vez.

Pero parece que ya después cuando el mundo se llenó de gente, Nuestro Señor se dio cuenta de que esto no era muy bueno y quiso ponerle acomodo a la mucha gente. Ahí fue que le preguntó al piande, cómo tenía que dejar esto de la muerte para las criaturas del mundo.

Y en verdad que así mismo era antes, la gente casi no moría. Los viejos vivían tiempos más largos que hoy y también la muerte casi no venía tan seguido por aquí. Por eso, cuando una persona se moría era como una gran novedad y toda la gente salía de su casa para acompañar al muerto.

La verdad es que los viejos nos damos cuenta de que cada día que pasa, la gente es más débil y se muere más. Yo me acuerdo que antes en estos ríos la gente vivía cientos de años y los viejos sólo se morían porque estaban cansados de tanto vivir. Pero ahora la gente se muere por nada.

También ahora están llegando a estos ríos muchas enfermedades que antes no se las conocía y ahora están matando gente. Toda enfermedad que es dejada por Nuestro Señor tenía su remedio, y si había un remedio, uno lo conocía.

Según lo que cuentan los mayores, este animal que se llama piande, fue el que tuvo la culpa de que la muerte se quedara en este mundo.

El piande es un animal medio misterioso; es el único animal de cuatro patas que vive en la tierra, que camina tranquilo por encima del agua y no se hunde.

Yo me acuerdo que los mayores cuando querían que un muchacho aprendiera a nadar desde chiquito, mataban un piande, de esos bien criados, y le daban a comer al muchacho la carne sancochada de este animal, para que aprendiera a nadar. Esto que le cuento es la verdad, porque sí sé que todos los animales del monte tienen su misterio. Hay algunos que tienen más misterio que otros.

En este cuento aparecen Nuestro Señor Jesucristo, la vida, el piande y Doña Isabel, la muerte.

Parece que en el tiempo de antes, la ley era que se moría para revivir, o sea, que el que por alguna cosa se moría, después de un tiempo revivía

Le

otra vez. Pero como al principio Nuestro Señor andaba acomodando las cosas de este mundo, él quería también saber cómo sería mejor dejar las cosas de la muerte. Para eso andaba caminando y preguntando a los animales, qué sería lo más conveniente para el mundo: si dejar que la gente “naciera para morir”, o dejar que la gente “muriera para revivir”.

Mientras andaba pensando, Nuestro Señor se fue a la orilla para tomar agua, y allí se encontró con el piande que estaba subido en una rama meneando la cabeza de un lado para otro, con ganas de pasarse al otro lado del río. Entonces Nuestro Señor le dijo:

—¡Piande! Tú que eres animal de la tierra, y que tienes la virtud de caminar por encima del agua sin hundirte, dime qué crees que sería lo mejor para este mundo y para todas las criaturas que allí viven. ¿Dejar que uno muera para revivir, o dejar que uno muera para nunca más revivir?

Entonces el piande se quedó oyendo y meneando la cabeza de un lado para otro, subiéndola y bajándola y capeando los ojos. Y luego le contestó:

—Hummmmm... Yo creo que lo mejor para este mundo sería que el que se muere una vez ya no reviva nunca más en esta vida.

—¡Piande! ¿Tú estás seguro de que así como tú dices, sería mejor dejar las cosas de la muerte?

—Sí, Nuestro Señor. Es mejor que el que muere ya no reviva más. “Nacer para morir”, esa tiene que ser la ley para el que tiene la vida.

—¡Piande, piénsalo bien! ¿Estás seguro de que así quieres que sean las cosas? Después no se podrá pedir que esas cosas cambien.

—No, Nuestro Señor. Deje no más que sea “morir para nunca más revivir”. Porque eso de andar muriendo y después reviviendo otra vez es mucha pendejada.

—Bueno pues, piande, si así tú lo quieres, así tendré que dejar las cosas. Tú llevarás esa carga.

Como Nuestro Señor siempre respetaba la primera palabra, así como lo había dicho el piande, así quedaron las cosas. Enseguida Nuestro Señor mandó regar la noticia por todo el mundo: desde ese momento en adelante la ley sería morir para nunca más revivir.

Pero como el piande tenía toda su familia viva y no conocía lo que es el dolor de tener un muerto, resulta que a los pocos días que Nuestro Señor dejó esta ley, al piande se le murió la mamá. Cuando le llegó la noticia enseguida salió para donde vivía la mamá. Después de que la vio muerta y tendida sobre una mesa, la gente lloraba y gritaba de la pena.

—¡Aaaay, se murió mi tía! Nunca más la vamos a ver trabajando en el molino, porque se fue para nunca más regresar.

—¡Aaaay, se murió mi hermana querida! Nunca más la vamos a ver en la casa. Se fue para nunca más regresar.

— Cuando el piande vio que todo el mundo gritaba y se lamentaba por el dolor de la muerte, pegó la carrera para donde vivía Nuestro Señor y cuando llegó pegó el grito:

—Ay Nuestro Señor, esto de la muerte de una madre es cosa muy dura, mejor sería que la gente muera y después reviva otra vez.

Nuestro Señor dejó ese rato botados los oficios que estaba haciendo y se acercó al piande que gritaba y lloraba por la muerte de la mamá.

—Piande, yo te pregunté cómo querías que quedaran las cosas de la muerte y tú me dijiste que lo mejor era “morir para nunca más revivir”. Ya no se puede cambiar la palabra.

—Aaaayyyy, Nuestro Señor, que ésta sea la última vez de morir para revivir.

—No, piande. Lo que quedó así, quedará así y ya no se puede cambiar nunca más en la vida: “todos tenemos que morir algún día”.

El pobre piande tuvo que pasar su dolor y enterrar no más a su mamá, porque ya no hubo componte para esto de la muerte.

Desde ahí quedó esto de la muerte, que es morir para nunca revivir. Pero todo fue culpa del piande, por hablar de lo que él no había sentido. Por eso él ahora es un animal que no tiene paz con nadie y desde ese día quedó así. Siempre anda como asustado, porque lo que hizo fue bastante malo para todas las criaturas de este mundo. También es por eso que el piande casi no sale de las orillas de los ríos y se pasa todito el día aguaitando de un lado para otro. Cuando ve a alguien él sale a la carrera como loco; y si es de pasarse de un lado a otro de un río por encima del agua, él lo hace con semejante carrera que lleva. Pero todo esto que él hace es por el miedo que le tiene a los cristianos; parece que tiene miedo que le hagan alguna cosa. Dicen que también él anda así a la carrera porque no quiere que la muerte lo alcance. De todas maneras, cuando ya le toca su hora de morir, el piande se muere no más. E incluso cuando está bien criado, alguna gente hasta “se lo come por remedio”.

Contando contando
se acabó mi cuento,
pajarito sarmiento
se lo llevó el viento.

Se metió por un churuquito
y salió por otro,
y el que está oyendo
que se eche otro que sea mejor.

Porque de tanto escuchar
se tiene tiempo a pensar,
mientras que de tanto decir
también se aprende a mentir.

el parto de la zorra

(Informante: Mamá Úrsula. La Tola, Eloy Alfaro, Provincia de Esmeraldas, 1993)

La verdad es que yo no sé si lo que dicen estos cuentos será la verdad o será mentira, pero todos ellos son cosas dejadas por nuestros mayores; ellos eran los que contaban y nosotros aprendimos de ellos.

Este cuento de la zorra lo contaban, sobre todo, mis tías; casi siempre escuché a las mujeres, pero también se lo escuché echar a los hombres, especialmente a los que eran mayores.

Me creo que lo que dice este cuento es la verdad, porque aunque yo no soy partera, me doy cuenta de que la zorra es el único animal del monte que pare sin dolor; los otros animales del monte son como el cristiano, que pare sus hijos con dolor. Muchos animales se mueren pariendo, lo mismo que el cristiano.

A la zorra cuando pare, las zorritas le salen chiquititas del vientre de la mamá y se meten en una talega que ella tiene en la barriga; allí metidas las zorritas se terminan de criar porque ahí están las tetas de la zorra. Cuando ya están grandes salen de allí y aprenden a caminar como los otros animales.

No sólo una vez sino muchas veces yo he visto salir a las zorritas de la cosa de la zorra; tienen forma de un gusano. Si uno se fija bien, las zorritas se van jalando, jalando, por el pellejo de la mamá hasta que llegan a donde está la bolsa.

La verdad es que muchas mujeres quisieran ser como la zorra: parir sin ningún dolor. Lo que le pasó a la zorra fue el pago que la virgen le dio porque la escondió en su barriga. De este cuento de la zorra se deja ver que muchas cosas que dicen los cuentos son cosas verdaderas.

Esto de la virtud que tiene la zorra es una cosa muy cierta y mucha gente lo sabe; por eso es que la manteca de esta zorra se la usa para muchas cosas de remedio, especialmente para las parturientas. La manteca de la zorra es como un secreto, porque cuando alguna mujer no puede parir se le unta cerca de las partes y en las caderas; esto hace que el parto no tenga muchos problemas.

Con el pico ten
pica el jején,
con el pico agudo
pica el zancudo.

Con el pico romo
pica el mosco,
con el pico vano
pica el tábano.

Con el pico duro
pica el juro,
y no digo el cuento
si no me dan un puro.

Todo mi consuelo
mi vara de anzuelo,
todo mi alelí
mi poquito 'e lombriz.

Esta era la vieja estera
chiquita y embustera,
cogía los camarones
con la punta de la pollera.

En este cuento aparecen la Virgen Santísima, el niño Dios, la tía zorra, los animales del monte y los que perseguían a la Virgen.

Esto sucedió cuando los soldados andaban persiguiendo al Niño para matarlo. La Virgen estaba con el Niño corriendo por los montes y se escondía en las casas donde vivían los animales. Cuando los que la andaban persiguiendo llegaban donde ella estaba escondida, la Virgen se escapaba y se metía en otra parte. Así andaba ella, de casa en casa para esconderse. Llegaba a la casa de un animal, se escondía un ratico, se quedaba ahí metidita descansando y, después, otra vez tenía que salir a la carrera para esconderse en la casa de otro animal del monte.

Cuando llegaba a la casa de alguno de los animales, la escondían como podían, por ahí, en algún cuchito de la casa; pero cuando los que la andaban buscando ya venían cerquita, cogían y la botaban de ahí donde la tenían escondida. Ella tenía que salir corriendo por el monte y más allá ¡ruuusss!, meterse en la casa de otro animal que estuviera por ahí cerca, para esconderse su ratico y descansar de la carrera.

Así andaba la Virgen Santísima, pasando trabajo con el Niño, andando en la casa de los animales hasta que llegó a la casa donde vivía la zorra.

—¡Aaay, zorrita! Escóndeme aquí en tu casa un ratico, que me vienen persiguiendo para matar al niño y ya no sé dónde meterme. Escóndeme zorrita;

Ahí fue que la zorra cuando vio a la Virgen así, toda revolcadita y con la ropa todita sucia, llena de pega pega, de tanto andar por el monte escondiéndose en los cuchos de las casas de los animales, entonces le dijo:

—Ay Virgencita, métase aquí en mi falda, para que no la encuentren los que la andan persiguiendo.

Ahí fue que la Virgen, como andaba cansada y apurada, cogió y ¡ruusss!, se metió en la barriga de la zorra con el niño y se quedó calladita, ahí metida. Enseguida, cuando la Virgen se metió en la chuspa, la zorra churuussss se enchurruscó haciéndose una sola bola y se quedó tranquila como que nada tenía.

Cuando al rato ya venían los que la andaban persiguiendo de casa en casa, ahí mismo cuando vieron a la zorra que estaba ahí medio remolona, entonces le preguntaron:

—Vea, doña zorra. ¿Usted no ha visto pasar por aquí a una mujer con un niño en los brazos?

La zorra calladita, estaba hecha un solo zurrón en el suelo con la Virgen metida en la falda. Cuando le preguntaban otra vez, ella más se enchurruscaba y más escondía a la Virgen ahí en la barriga.

—¡Doña zorra! ¿Que si no ha visto pasar por aquí una mujer con un niñito de pecho en los brazos?

La zorra estaba callada, como que no era con ella. Ahí era que esa gente la empujaba, la sangoloteaba, y más le preguntaban:

—¡Vea! Doña zorra. ¿Usted está sorda? ¿Que si no ha visto pasar por aquí una mujer con un hijito de pecho?

La zorra seguía como que no era con ella. Entonces esa gente la empujaba, la jalaba, queriendo sacudirla y la zorra más se encogía.

—¡Vea! Doña zorra, nosotros venimos persiguiendo a una mujer y la vimos que por aquí se nos metió. ¡Díganos donde está!

Ahí ellos la cogieron y pauu, pauu, le metieron unas patadas y la botaron por allá por un cucho de la casa. Cuando la pateaban no más que hacía:

—Jaaaa, jaaaa.

Y paauuu, paauuu, las patadas y ella:

—Jaaaaa, jaaaaa.

Bueno ahí ya esa gente se aburrió de tanto darle patadas a la zorra, y de ver que no decía nada, le metieron una última patada y la botaron por allá, por un cucho de la casa y se fueron.

—Ahí dejemos a ese diablo que no contesta nada, ni dice nada. Vámonos.

Allí la dejaron tirada y se fueron. A lo que ellos se fueron, la zorra se desenchurruscó y la Virgen fue saliendo con el Niño Dios en los brazos. Entonces ahí fue que la Virgen por agradecimiento de lo que había hecho con ella y con el Niño, le dijo:

—Zorra, de hoy en adelante tú has de parir todos tus hijos sin ningún dolor y sin derramar ni una sola gota de sangre.

Desde ahí fue que la zorra no pare con dolor como los otros animales del monte.

Contando, contando
se acabó mi cuento,
periquito sargento
se lo llevó el viento.

Se metió por un churuquito
y salió por otro,
y el que está oyendo
que se eche otro mejor.

el cuervo, los palomos y la garza

(Informante: María Salazar. El Cuerval, Eloy Alfaro, Provincia de Esmeraldas, 1986)

Algunos de los jóvenes de ahora dicen que estos cuentos son puras mentiras de los viejos. Dicen que los viejos inventaban estas cosas por puro gusto; pero si uno se pone a ver bien lo que éstos dicen, uno se da cuenta de que muchas cosas que dicen son verdad.

Fíjese en este cuento que le voy a echar. Este es un cuento sobre las palomas montañeras y el cuervo, al que también le dicen pato cuervo. Estos pájaros son aves de las playas. Ellos generalmente viven en los manglares; y es muy raro encontrarlos andando por las cabeceras de los ríos de piedra. Creo que cuando alguno de ellos llega por allá es que anda perdido o derrotado por alguna enfermedad.

Los jóvenes de ahora creen que en la escuela se aprende todo, pero no es así. En el monte hay muchas cosas buenas que se aprenden y sirven; por lo menos para los que vivimos en los montes. Yo no sé si las cosas que los jóvenes aprenden en las escuelas les sirven más que las cosas que se aprenden en el monte. Lo que yo sí sé es que algunos de estos cuentos que los viejos contaban en el tiempo de antes, tienen muchas cosas que son verdad. Muchos cuentos nos hablan de la manera cómo quedaron los animales, y así aparecen ellos en la realidad.

Las garzas siempre andan zaqueando por las orillas, como buscando algo que se les hubiera perdido. El cuervo podía buscar bien su comida como los otros animales, encima del agua. Pero ahora, para buscar la comida se mete en el plan del agua; todo el tiempo anda como desesperado aguaitando para todos los lados y zambulléndose por aquí y por allá.

En el monte hay tres clases de palomas: la una, que los mayores le dicen raspacoco, porque ella en su forma de cantar dice: Raspa coco, raspa coco, raspa coco. Hay otra clase de paloma en el monte que la llaman paloma de tierra o tierrera. Así la llaman porque le gusta revolcarse mucho en la tierra seca de los caminos. Esta paloma tierrera es más pequeña que la raspacoco.

La otra paloma que vive en el monte es la Chocó, que es la más parecida a la paloma de Castilla, que tienen en los pueblos. A esta paloma Chocó también en algunas partes le dicen paloma montañera, porque ella vive más en zonas de montaña.

Esta era la vieja estera
chiquitica y embustera,
escondía los camarones
en medio de las polleras.

Siempre te tengo presente
mi querido aguardiente,
nunca me olvido de vos
matecito de arroz.

Con su piquito ten-ten
pica mi tío el jején,
con el pico agudo, agudo
pica mi tío el zancudo.

Con el pico tosco, tosco
pica mi tío el mosco,
con el pico llano, llano
pica el señor don gusano.

Con el pico vano, vano
pica mi tío el tábano,
con el pico duro, duro
pica mi tío el juro.

Preparen una mazamorra,
mujeres, que ya es la hora,
que por un mate de esa olla
les converso mil historias.

En este cuento aparecen las palomas montañeras, el pato cuervo, la tía garza, el mar y las tierras del Chocó.

El pato cuervo vivía por aquí, por estas tierras, pero dicen que era un gran viajador. Un buen día acomodó todas las cosas que tenía y se fue a rodar por otras tierras. En una de sus andanzas llegó a las tierras del Chocó; allá se encontró con las palomas montañeras, que en ese tiempo ellas eran gente más o menos acomodada, pues tenían su finca, su ganado y todas sus cosas de la casa. Se puede decir que vivían más o menos bien.

El cuervo se hizo amigo de los palomos, y como él es medio visajoso, comenzó a contar y a referir las cosas de su tierra: que era bien bonita, que la gente era bien buena, etc. Cada vez que él se encontraba con los palomos, el cuervo ponderaba las cosas de su tierra y decía:

—Allá, en mi tierra, no le falta comida a nadie. La comida se encuentra por todas partes; allá nadie sufre por la comida.

La verdad es que le puso a mi Dios bajito, y no fue cuento que ya el cuervo comenzó a conquistar a los palomos para que se vinieran del Chocó a vivir en estos lados del Ecuador.

El palomo macho no estaba muy de acuerdo con dejar sus tierras y sus cosas, pero la paloma hembra le neceaba y le neceaba, hasta que un buen día la paloma dijo:

—Me voy a vivir por allá, por los ríos del Ecuador, porque mi tío cuervo dice que allá mi Dios está bajito.

Bueno, ya los amigos de los palomos le aconsejaban que no abandone sus tierras, que primero salgan a conocer, pero la paloma no entendía ninguna razón y todos los días le decía al palomo:

—Me voy y me voy. Si el palomo no quiere venir, que se quede, pero lo que es yo, me voy.

La cosa no demoró mucho y vendió la finca, vendió las vacas, vendió todos los otros animales y algunas cosas que tenían, y acomodó su viaje.

El palomo macho todavía no estaba muy de acuerdo, pero la paloma le dio, le dio, le dio, hasta que no fue cuento que un buen día la paloma le dio al cuervo la plata para que hiciera todos los acomodados del viaje.

Bueno, al otro día el cuervo embalsó la canoa, le puso un rancho bien acomodado y le habló a la tía garza para que viniera de puntera. Al otro día, cuando estaba todavía bien oscuro, salieron de las tierras del Chocó y empezaron a navegar y navegar. La paloma estaba bien contenta porque iba para las tierras del cuervo, donde se encontraba de todo.

Cuando ya venían bastante cerca de estas tierras, el mar se picó y no fue cuento que tratando de entrarse por una bocana, vino una ola y berúndun-dun viró la canoa boca abajo. Como estaban un poco cerca de la orilla, la garza y el cuervo ayudaron a la paloma y al palomo a ganar la orilla y subirse en la rama de un mangle.

La paloma con las plumas mojadas se encaramó muerta de frío sobre esa rama. Al ver que todo había perdido en el mar, la paloma se puso triste y empezó a lamentarse y llorar.

El cuervo, cómo es un animal del agua, andaba con sus plumas encauchadas, nadando por la orilla. Desde allí le dijo a la paloma:

—No, tía paloma, usted no se preocupe que yo ya mismo le zambullo todas sus cosas que se ahogaron.

Y enseguida se fue donde la garza, que estaba trepada calentando el frío, y le dijo:

—¡Comadre garza! Usted váyase a caminar por la orilla, que como el agua está subiendo, las cosas van a salir a la orilla. Allí usted las va recogiendo y las pone a secar.

La garza se acercó a la orilla y se puso a andar zaqueando de arriba para abajo, con el pescuezo estirado, esperando que las cosas arrimaran a la orilla.

El cuervo se hundió y se fue por el plan del agua y busca, y busca, y busca, y al rato surgió sin nada. Más allá otra vez se metió y chujússs, se hundió. Buscó y buscó, y al otro rato puuuusss, surgió más allá, sin nada.

La tía garza con el pescuezo que se le arrancaba de aguaitar, zaqueando por las orillas, chujus, chujus, chujuus...

¡Ajo! Cuando la paloma vio que el cuervo no iba a encontrar nada, se fue poniendo triste, triste, y encima de ese mangle comenzó a llorar y a gritar:

—A chocó, chocó, chocó. A chocó, chocó, chocó...

El palomo macho, que estaba montado en otro palo más alto, y oyó gritar a la paloma, desde allí le relampaguearon los ojos y le empezó a gritar:

—Por vos, por vos, por vos, por vos, por vos, por vos.

—A chocó, chocó, chocó. A chocó, chocó, chocó.

—Por vos, por vos, por vos. Por vos, por vos, por vos.

El cuervo, con los ojos alborotados de tanto nadar, se hundía aquí y salía más allá; se hundía una vez más y salía más allá y no sacaba nada del agua.

La garza, zaqueando por las orillas, chujus, chujus, chujus y no encontraba nada de las cosas de los palomos.

La verdad es que desde ese día, todas estas aves se quedaron así para toda la vida. Hasta el sol de hoy día el cuervo todavía anda zambulléndose, en búsqueda de las cosas de los palomos. La garza, igualmente desde ese día se quedó zaqueando por las orillas, esperando que las cosas de la paloma salgan a la orilla. La paloma comiendo sus pepitas en el monte. Cuando no encuentra bastante comida entonces se acuerda de su tierra y se pone a cantar.

—A chocó, chocó, chocó. A chocó, chocó, chocó.

Y el palomo, que todavía anda medio bravo con la paloma, le contesta:

—Por vos, por vos, por vos. Por vos, por vos, por vos.

—A chocó, chocó, chocó. A chocó, chocó, chocó.

—Por vos, por vos, por vos. Por vos, por vos, por vos.

Contando, contando
se acabó este cuento,
periquito sarmiento
se lo llevó el viento.

Se metió por un
churuquito
y salió por otro,
el que esté oyendo
que se eche otro,
pero que sea mejor.



**juan
garcía
salazar**

La Tola, Esmeraldas, 1944

Investigador de tradiciones orales de la cultura afroecuatoriana.

Ha publicado:

Poesía afroecuatoriana, Colección Pambil, BCE.

Cuentos y décimas afroesmeraldeños, Abya-Yala.

Cuentos de la creación